meramente una evocación de la memoria —para muchos no pasa de ser la celebración del solsticio de invierno— sino ante todo una transformación vital de nuestro corazón.

* * *

En fin, también aquí nosotros, reunidos cabe el Dios que nace y nos concede anunciar como Él el evangelio del Reino, también lamentamos la muchedumbre que deja hoy rodar su vida como ovejas sin pastor; somos conscientes de lo acertado de nuestro camino; apreciamos, como cosa de Dios, la calidad de los pastos que tratamos de ofrecer; nos duele la ignorancia y el error; y pedimos al Padre, como quiere Cristo, que envíe trabajadores a su mies. Que estas reuniones nos alienten y confirmen al alegrarnos los que estos días coincidimos aquí, al recordar a los ausentes, y al pedir a Dios agradecidos por los que nos precedieron. Que las iluminaciones externas de estos días no sean sino débiles reflejos de esa luz de la Cándida y del Ardiente que nos ha dicho Isaías, que remueven en lo íntimo de nuestras almas esa vida que mayor no puede haberla, puesto que es participación verdadera de la misma vida de DIOS.

HOMILIA DEL P. JOSE MARIA ALBA, S. J. EN LA MISA DEL DIA 10 DE DICIEMBRE

Queridos amigos de la Ciudad Católica, queridos hermanos:

No puedo menos de comentar brevemente, para bien de nuestras almas, las tres lecturas que acabamos de escuchar, que son para nuestro provecho y consuelo.

Jesé, padre de David, será padre de nuestro Señor Jesucristo. Los dones del Espíritu Santo vendrán a la tierra en plenitud, con su venida. Qué admirable, qué verdaderamente sublime la vida de los siglos de la Iglesia, el Reino de nuestro Señor Jesucristo, todos ellos llenos de las maravillas del Espíritu Santo que ha realizado la nueva creación de la gracia, de una manera más admirable aún que la primera creación. Historia de mártires, de vírgenes, de confesores, de héroes, de santos, siglo tras siglo.

Pero ese Señor que de una manera prodigiosa creó la naturaleza humana y de una manera más amorosa aún la restauró, quiere todavía más y más dar muestras del poder de su brazo en los tiempos recios de la Iglesia, cuando han de ser probados los justos en la gran tribulación.

Hemos de pasar la gran purificación en la que el malvado y el impío dejarán de oprimir a los siervos del Señor, sostenidos en la prueba por la fidelidad eterna de Dios para con sus escogidos.

Después de la purificación, vendrá una nueva gloria del Señor y de las almas en donde radica su gloria. Esa gloria se esparcerá por el mundo entero y por todas las naciones que se ilusionarán con la ciencia de Dios. Jesucristo será la norma de los pueblos que vivirán en la felicidad de la paz, que es la suma de todos los dones del cielo.

La llamada de San Pablo a la caridad es la venida del consuelo del

Fundación Speiro

Señor. El Señor consuela a los misericordiosos, a los hacedores de la paz, a los consoladores, a los buenos de corazón. En nuestro pobre mundo, reina la división, el recelo, la sospecha, la desconfianza, incluso entre las almas buenas. Y contemplamos el desmoronamiento general de las naciones, de civilizaciones, familias y pueblos. Pero entre tanta ruina resplandece la novedad del único remedio para los males humanos que es el ejercicio de la caridad. Te alabaré con el himno y la vida amorosa de la caridad en medio de los gentiles y de los que no conocen tu nombre. De esa manera ellos vendrán a la verdad de conocerte y amarte.

Finalmente, la Iglesia nos invita a ser precursores como San Juan Bautista.

Allanar los senderos, preparar los caminos significa el olvido propio para que el Señor llegue por el sendero de nuestra conversión. Puede ser fácil quizá reconocer equivocaciones, errores, pecados. Pero lo decisivo es la verdadera vida de arrepentimiento que lleva a la conversión. No se trata de decir y discursear, sino de convertirnos. No nos engañemos, nos dice San Mateo, con decirnos seguidores de Abraham o de Apolo, de Cefas o de Pablo. Solamente será Jesucristo el único Salvador si estamos bautizados con agua y fuego del Espíritu, es decir, con nuestra conversión. Conversión de cada día, de dar gusto minuto a minuto a Jesús.

Anunciemos a Jesús con nuestra vida, con nuestra humildad y modestia y sobre todo con nuestra caridad. Cuidar de las cosas de Jesús, para que Él cuide de las nuestras. Así se establecerá el reino de Dios en todas las cosas.

La elección del tema, «Dios y la naturaleza de las cosas» nos lleva, como de la mano, al fin de toda especulación, de todo esfuerzo de conocer más y mejor a Dios y contemplar su divinidad, ahora en la fe, después en la visión cara a cara.

De la contemplación de las cosas creadas, de la misma naturaleza de las cosas, elevarnos por la escala mística de todos los santos, al Creador de todas ellas, que las creó por amor al hombre y para el amor del hombre.

Bendita sea la Ciudad Católica que enseña a sus amigos, y les ayuda a través del estudio de las cosas y de las realizaciones humanas, a descubrir la vocación íntima de todo hombre, de todo cristiano, que es contemplar y amar. Por esos campos, bosques y espesuras pasó la figura del Amado y todo lo creado lo dejó vestido de su hermosura. Es la hermosa culminación de San Juan de la Cruz y de su hermano San Ignacio cuando nos hace vivir en la oración contemplativa. Cómo todo desciende de lo alto, como los rayos del Sol y las aguas de la fuente.

Todo ello lo tenemos como al alcance de la mano en el Corazón de Jesús, en donde radican todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. ¿Cómo nos llegaremos a Él? En la escuela de Nazaret, San José nos acompaña, para enseñarnos a tratar a Jesús: la humildad, el alma pequeña e incapaz ante sí, el hacerlo todo y vivir para Él. El Corazón Inmaculado de María que guardaba todos los secretos de Jesús, y en la Madre que nos enseña pureza, a perdonar siempre y a esperar siempre, dormidos en su maternidad: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Y Jesús que nos enseña su Corazón Sagrado, en donde justos y pecadores podemos entrar, para en su interior entender todas las cosas, toda ciencia transcendiendo. Pero hemos de entrar por una llaga, la de su costado abierto, llagándonos también con la muerte a nuestras afecciones

Fundación Speiro

desordenadas, a nuestra soberbia, a nuestras dependencias del mundo, enemigo de Dios.

Dios bendice a los amigos de la Ciudad Católica, porque son buenos, porque quieren servir a Dios alabándolo en medio de la naturaleza de las cosas, y por eso les concede el premio supremo más envidiable: ser amigos de su Sagrado Corazón. «A vosotros no os llamo siervos, sino amigos».

Demos gracias a Dios y que el Señor siga bendiciendo a los santos de la Ciudad Católica para la gloria de Jesucristo y la salvación de las almas.

PLATICA DEL P. MANUEL MARTINEZ CANO, M. C. R. EN EL ACTO LITURGICO FINAL

Aquí estamos, Jesús, te hemos venido a ver, porque eres nuestro Dios y porque eres nuestro Rey. Y venimos a decirte, Señor, que te adoramos desde lo más profundo de nuestro ser, que te amamos con todas las fuerzas de nuestro corazón, que queremos que te amen y adoren todos los hombres de la tierra. Te amamos. Señor, porque sólo Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida; la Belleza, la Bondad y el Amor. Te amamos porque eres nuestro Redentor.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad;
todo mi haber y poseer;
Vos me los disteis,
a Vos, Señor, lo torno;
todo es vuestro:
Disponed a toda vuestra voluntad.
Dadme vuestro amor y gracia,
que esto me basta.

Te amamos, Señor, y porque te amamos, te pedimos perdón de nuestros muchos pecados. Perdónanos, Señor. Te pedimos que sintamos en nuestros corazones tu infinito amor, tu divina misericordia. Necesitamos sentirnos amados por tu divino Corazón para seguir luchando por tu Reinado Social en este valle de lágrimas, confusión y corrupción.

Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra, que nos sintamos hijos tuyos, amados y perdonados por tu divino Hijo. Convierte a los que gobiernan nuestra patria. España necesita políticos católicos, fieles a la tradición de las Españas. Católicos a machamartillo que hagan de España un relicario de santidad, escuela de tradiciones, evangelizadora del orbe, nación de eterna cruzada.

Arcángel San Miguel, defiéndenos en la lucha contra el mundo, el demonio y la carne. Lanza al infierno con el divino poder a Satanás y a todos los malignos espíritus que andan por el mundo buscando la perdición de las almas. Alcánzanos la gracia de ser soldados del Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo.

Señor, los amigos de la Ciudad Católica nos hemos reunido para

Fundación Speiro